

LA TÉCNICA EN LA ADMINISTRACION LOCAL

HAY cosas en la vida de hombres y naciones que de la categoría de teoremas que necesitan ser demostrados (algunas con artificios de cálculo que los aclaren) pasan, con el rodar de los tiempos y los avances del progreso, a constituir axiomas, por ser ya de verdad tan evidente que no necesitan demostración.

Una de ellas es, sin duda alguna, la necesidad de que exista una técnica, varia en su procedencia inicial, pero única en su orientación y aplicación, que especializada en cuestiones y problemas urbanos, se consagre a ellos y sea firme garantía para las ciudades.

Mientras en éstas, en siglos pasados, la vida aparecía estabilizada y el índice de necesidades de la colectividad, como tal, era mínimo; cuando en ellas cada vecino edificaba cómo y dónde quería, sin más norma urbanística que su instinto o su egoísmo; cuando sus calles estaban uniformemente pavimentadas con el clásico morrillo y cuando más con algunos enlosados de piedra; cuando el summum de comodidad era tener en las casas, más o menos solariegas, un pozo de agua clara y fresca (aunque en ella fueran los gérmenes de enfermedades no descubiertos por entonces) y el resto del vecindario se surtía de unas pocas fuentes, tan cantadas por los poetas de todas épocas; cuando el clásico "agua va" advertía a los transeúntes que los nada perfumados residuos líquidos de la vida hogareña iban a lanzarse a la vía pública para que desaparecieran como pudieran, por no existir alcantarillados más que en sitios muy especiales; cuando eran pan de cada día las clásicas peleas mujeriles porque el barrido de la calle frente a su puerta lo hacían mejor o peor; cuando el alumbrado público se confiaba a la pálida luna, a las que algunas casas ayudaban con faroles de servicio particular; cuando las calles se veían cruzadas de tarde en tarde por algún coche de algún señor principal, o por las diligencia en que, alguna vez en la vida, se lanzaban fuera de su pueblo los más inquietos vecinos:

cuando los tradicionales mercados se celebraban en plazas y plazuelas bajo el dosel celeste, sirviendo de inspiración a pintores, literatos y músicos para sus composiciones, y cuando, por fin, las funciones edilicias parecían estar condensadas en el servicio personal del Señor, Cacique o partido gubernamental y en el realce de los actos públicos: ferias, procesiones, entierros, etc., con la vara, símbolo de su autoridad, del Consejo, era lógico que los Municipios no contasen ni se preocupasen de llamar en su ayuda una técnica capacitada. Bastaba un albañil algo despierto, un maestro de obras práctico o un alarife, para sacarle las castañas del fuego en las escasas ocasiones que se presentaban.

Pero se conjuraron en el siglo pasado el vapor, el gas, la electricidad, la mecánica, la química, para comenzar a evolucionar aquella bucólica vida urbana y rural; iniciaron los transportes una transformación en la concepción de la vida y dejaron preparado el camino para que en el siglo actual la Bacteriología, la Radio, el Cine, el Automóvil y la Aviación incrementaran aún más la cultura media, la velocidad de progreso, la movilidad ciudadana y el deseo entre todas las clases sociales de una vida mejor, más confortable, más digna.

Y ello se ha traducido en exigencias urbanísticas y sanitarias que requieren la intervención de la Técnica cada vez en mayor escala, y cada día con más preparación y solvencia específicamente urbanas; es decir, que cada vez se imponen más las especializaciones, siguiendo un fenómeno análogo al de la Medicina, en la que lo que antes no se concebía, pues el Médico era universal, hoy ya no sólo se acepta, sino se exige: el Especialista de cada uno de los sistemas que integran el organismo humano.

Y surge la técnica del trazado de ciudades, en evolución constante que no se limita a trazar unas rayitas en un plano, sino que estudia la ciudad, su estructura, como la de un organismo vivo; y en razón de la función asignada a cada sector o zona impone unas normas de alineaciones, de rasantes, de perfiles transversales de calles o de parcelación de solares, de ordenanzas de edificación, que son hijas (o deben serlo) del estudio detenido y profundo de la ciudad, de sus influencias tradicionales, de su carácter, de su porvenir presumible, e incluso de la concepción social y política del Estado. Por eso, lo que empezó siendo una materia sencilla y al alcance de todos los técnicos Arquitectos e Ingenieros, sigue, en teoría y desde un punto de vista legal, siendo campo abierto para todos. Pero el interés supremo de las ciudades va requiriendo la interven-

ción de los que con estudios posteriores o con práctica orientada de la profesión, vayan especializándose en tan amplia disciplina.

Y la evolución de la pavimentación de calles y paseos adquiere un ritmo vertiginoso y obliga a los Ingenieros a estudiar y aplicar nuevos tipos y sistemas especializados, cuya influencia sobre el erario municipal puede ser tan grande.

Y los abastecimientos de agua, con la extensión de las aglomeraciones urbanas, con sus mayores exigencias en caudales para usos públicos e higiénicos, con el mayor confort que se exige en las ciudades y las viviendas, y con la necesidad de mejorar y depurar las aguas en defensa de la salud pública, se han complicado extraordinariamente en sistemas de captación; en aplicación de nuevos materiales y métodos; en conducciones y distribuciones; en tipos, capacidades y estructuras de los depósitos. Y ello se traduce en que, aunque los Ingenieros sigan siendo oficialmente capaces de proyectar, construir y organizar tales obras y servicios, el interés de los municipios reclama poder contar con preferencia con aquéllos que a su técnica general unan la oportuna especialización.

¡Cuántas veces el confiar a un Técnico, dedicado habitualmente a otros aspectos de su profesión, estudios, obras o servicios de esta naturaleza, se ha traducido, si no en fracasos estrepitosos y descorazonadores para la ciudad y sus regidores, al menos en defectos o encarecimientos que perturban extraordinariamente el posterior desarrollo, bien por la necesidad de alteraciones, bien por la carga económica que el paso en falso representa!

Análogas consideraciones podemos hacer con los Saneamientos, agravadas en ellos por el mayor retraso que llevamos en cuanto a estudios especiales de redes de Alcantarillados; por la mayor repercusión en el coste de los desaciertos de cálculo o concepción de las redes de desagüe y de sus elementos auxiliares; y por la novedad, que aún lo es en nuestro país, del estudio de estaciones depuradoras, en las que podemos aplicar muchos de los ensayos favorables hechos en el extranjero, pero amoldándolos a nuestras condiciones de clima, campo y temperamento.

Y es la limpieza urbana la que, cada vez con más exigencia, plantea la necesidad de acudir a métodos, maquinaria y personal especializado para conseguir unas vías públicas que, por lo mismo que son para todos, han de ser por todos respetadas, mediante la imposición de una disciplina urbana, que no puede exigirse con autoridad más que con una adecuada organización técnica que asegure el cumplimiento de las funciones municipales.

Y si pensamos en los modernos alumbrados públicos con sus intrincadas redes de distribución de gas y problemas que ellas plantean; con las modificaciones constantes, siempre más perfectas, en líneas, armaduras, soportes y elementos auxiliares; con sus centros urbanos de transformación y la tendencia al automatismo, que no excluye, sino, por el contrario, reclama una Técnica más especializada.

No creemos sea preciso convencer a nadie que los problemas que el moderno tráfico plantea en nuestras congestionadas ciudades van precisando una adecuada solución técnica, ya que las medidas de explotación a base de guardias emplazados y dirigidos con más o menos acierto, no son más que complementarias de las que la realidad impondrá cada vez más. Por de pronto, la adecuada relación de transportes urbanos de todas clases es una técnica moderna complejísima y en la que han de profundizar quienes intervengan.

Y la especialización de las instalaciones de abastos: mercados, mataderos, así como las que afectan a la Higiene externa: piscinas, casas de baños, refugios, etc., es tan acentuada, que exige en los que han de enfrentarse con proyectos, obras o explotación de esos Servicios una constante puesta a punto de los perfeccionamientos que se van introduciendo, si se quiere rendir el efecto útil que la ciudad demanda.

Por último, he de indicar que toda la especialización de la Técnica Urbanística ha de ir impregnada, o si se quiere diluída, en una serie de conocimientos generales, correspondientes a las disciplinas que, en unión de aquélla, contribuyen a calificar lo que modernamente se entiende por Urbanismo.

Esta Ciencia de la Ciudad, con su indudable porcentaje de Arte o Sentimiento, ha de considerar los aspectos Técnicos íntimamente ligados a los Jurídicos, a los Administrativos, a los Económicos, a los Higienistas propiamente tales, a los Comerciales y a los Sociales.

Y solamente cuando todos ellos son tenidos en cuenta, es cuando puede esperarse el mayor acierto en las soluciones que se propugnan.

Por ello es, no conveniente, sino imprescindible, que las Autoridades llamadas a encauzar las disciplinas urbanas acometan cuanto antes la tarea difícil e ingrata de ir produciendo la especialización, e ir formando cuerpos de doctrina con la amplitud necesaria para que en ellos coincidan, y de ellos se nutran, las diversas especialidades que en el Urbanismo han de intervenir.

Y decimos que es difícil e ingrata, porque veinte años de vida 31

profesional intensa, orientada siempre en servicio de la Ciudad, me han dado a conocer que para llegar a esta especialización habrá que luchar contra los prejuicios u orgullos profesionales de muchos técnicos que estiman que su título, sea el que sea, les capacita tan plenamente para todo, que se rebelan ante la idea de ampliar estudios o pasar por tamices de selección. Habrá también que luchar contra aduanas profesionales, que nunca han servido para perfeccionar la producción protegida, sino para enmohecerla un tanto al no tener que luchar noble y denodadamente. Habrá que luchar quizás contra peligros opuestos, o sea de pretensiones desmedidas de intromisión de aquellas disciplinas complementarias.

Pero es de suponer que con fe y constancia se vayan venciendo estas dificultades, y pronto podamos en España contar con un plantel de técnicos especializados en Urbanismo e Ingeniería y Arquitectura municipales que consagren sus vidas a tal labor, obteniendo el fruto justo que corresponda a su esfuerzo. Para ello, algo ha de variar también la mentalidad de los que rijan los organismos rectores de la vida local. Pero éste es tema aparte que ha de quedarse para otra ocasión.

JOSE PAZ MAROTO
Ingeniero de Caminos y Abogado